



MONTERREY, N.L. DOMINGO 6 DE SEPTIEMBRE DE 2015

Olga de León / Carlos Alejandro

# Pequeño homenaje a Guatemala y a Tito Monterroso



Olaf Stapledon

William Olaf Stapledon nació el 10 de mayo de 1886 en la península de Wirral, cerca de Liverpool, fue un novelista y filósofo cuya historia del futuro fue una gran influencia en la ciencia ficción contemporánea.

Se le reconoce principalmente por obras como "Apellidos y hombres" (1930), "Odd John" (1935), "Hacedor de estrellas" (1937) y "Sirius" (1944), todas estas destacan entre los más grandes de la ciencia ficción.

Stapledon, estudió filosofía y psicología en Liverpool y tomó un doctorado que lo llevó a escribir su primera novela titulada "Los últimos y primeros hombres" (1930).

Stapledon fue un pacifista que sirvió a la comunidad con una ambulancia durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), lo que le mereció la Cruz de Guerra.

Después de 1945 Stapledon viajó mucho dando conferencias, visitó a los Países Bajos, Suecia y Francia, y en 1948 habló en el Congreso de Intelectuales por la Paz, en Polonia.

Asistió a la Conferencia para la Paz Mundial, celebrada en Nueva York en 1949, siendo el único británico al que se le concedía una visa para ello. En 1950, se integró al movimiento contra el apartheid.

Publicó también una teoría moderna de ética que parecía destinada a una carrera académica, y de ahí surgió el éxito de sus novelas.

El estilo de Stapledon se definió como crudo, pero la originalidad y brillantez de su pensamiento superó cualquier inconveniente, el mismo escritor declaró que su obra "Star Marker" como la mejor después de otras obras.

Sus últimas novelas fueron "Oscuridad y la Luz" (1942) y "Sirius" (1944), donde describió historias posibles de un futuro para la humanidad, fue de influencia posteriormente para otros autores como CS Lewis (1898-1968), entre otros.

Olaf Stapledon, falleció el 6 de septiembre de 1950, a causa de un paro respiratorio. Su viuda y sus hijos esparcieron sus cenizas en la arena de los acantilados sobre el estuario de Dee, lugar que inspiró más de una idea para sus libros.

ad pēdem literae

*Una experiencia nunca es un fracaso, pues siempre viene a demostrar algo.*

Thomas Alva Edison

letras de  
buen humor

*"La estadística es una ciencia que demuestra que si mi vecino tiene dos coches y yo ninguno, los dos tenemos uno."*

George Bernard Shaw

El León que no quería envejecer

Llegó el pobre y viejo león a su casa, un tanto cansado: ya no era el mismo. Aunque él no lo sabía o no quería aceptarlo. Había estado fuera de la Selva por algún tiempo, no demasiado. Pero sí el suficiente para que, al igual que cualquier otro animal sacado de su hábitat, e impuesto en uno distinto y compelido a hacer lo que allá se hacía y a vivir de modo diverso a su propia naturaleza, perdiera parte de sus destrezas y habilidades.

Como todos sabemos el león es algo más que simplemente "un guapo". Es uno de los seres más destacados en la vida y el mundo animal, incluida la humanidad. Justamente es uno de esos personajes admirados por su belleza, su fuerza y su imponente personalidad. ¡Con esa fabulosa melena!, que lo caracteriza: cómo podría pasar desapercibido.

En cambio, la leona que carece de tal atributo, la melena, estaba acostumbrada a pasar de la juventud a la madurez y a la vejez, no sin resentir el paso de los años, pero sí a vivir conforme con ser la compañera elegida para estar al lado del hermoso león. Ella era quien cuidaba del bienestar del macho; tanto, como el tiempo dedicado a los mismos cuidados de su prole, se lo permitiera.

Habían transcurrido ya muchos años y el león no encontraba lo que siempre tuvo, solo en su mujer. Pues ha de saberse que las hembras no envejecen tanto con el tiempo, sino con el abandono y el desencanto. Por eso, ellas se hartan de entregar vida y años de lealtad al macho. Más aún cuando por fin descubren (o alguien se los hace notar) que también ellas fueron y siguen siendo hermosas: ¡aunque carezcan de su melena!

Así que aquel día en que regresó el león a su casa, ya no encontró a la misma mujer sumisa que lo recibiera con sus pantuflas a la mano y un beso y un abrazo de bienvenida. No señor, la mujer ya en nada se parecía a Penélope, o por lo menos no a la de Homero, sí a la que Monterroso inventó en una de sus fábulas: femenina no por el arte de tejer, como por su acicalo personal: hasta peluca pelirroja usaba y miraba de modo coqueto.

No obstante los cambios que con su apariencia había hecho la leoncita, eso no detuvo al león, para que recién vuelto a su hábitat, saliese en busca de sus otras mujeres, las que le daban masajes y otros contentos que lo transformaban, al menos por unas horas o un par de días, haciéndolo sentir joven nuevamente.

Pero en esta ocasión el león no regresó ni feliz ni rejuvenecido, todo lo contrario: llegó triste y avejentado. Por fin, ese día, encontró un arroyo limpio y claro que sirviéndole de espejo, le devolvió el rostro de su padre poco antes de morir. Y fue tal su susto y su miedo que se apresuró a regresar al lado de la compañera fiel. Pero ya no era como la mujer de Ulises, según cuenta Homero... Sí, ¡claro! Se le parecía más a la maravillosa invención de Augusto Monterroso en su fábula. Así son las cosas, cuando alguien deja de verse en los espejos para detener el tiempo.

La hormiguita olvidadiza

¿Cuántas hormigas habrá en el mundo?, se preguntaba la hormiguita preocupada por saber a cuántas hermanas podría ella ayudar o con cuántas podría encontrarse para dar ayuda a las demás. Sé que tenemos una reunión, pero no estoy segura si será hoy mismo o dentro



de una semana, cavilaba mientras aseaba su casita.

¿La reunión será con los que vivimos en esta selva, o vendrán otros de remotos y lejanos hábitats? Llamaré a mi vecinita para que me refresque la memoria.

Da la casualidad que la vecinita de la hormiguita de este cuento era una sabia mujer que por años había fungido como la líder y consejera principal de todos los animales, grandes y pequeños. Es esa gran amiga del elefantito azul con quien solía ir al centro del bosque, al oasis que solo ellos conocían, para reflexionar mientras descansaban acerca de las cosas que habrían de tratarse en el Congreso Mayor, cada que algún hecho lo ameritaba.

Finalmente, la llamó. Platicaron largo y tendido, se pusieron de acuerdo para ir juntas, era Reunión general y magna, con todos presentes: -hoy, después de que el sol descendía de su cénit, a las cinco y media de la tarde. Debían acudir a votar por el desafuero del corrupto que las había engañado y empobrecido aún más al pueblo, robándoles lo que solo a ellos les pertenecía y sustrayendo de las arcas todo el capital que se le antojó para cualquier capricho personal, de su familia y sus amigotes.

Dieron las cinco de la tarde y la hormiguita salió hacia la casa de la hormiguita más sabia, la que alguna vez se volvería "grano de arena en el cielo". Sólo que se olvidó de algunas realidades: ella no era hormiga invitada a la votación, su vecinita ya no vivía en la tierra o selva, sino en el cielo, y al que pretendían desafuero, no era al de México.

¡Lástima, si al menos yo fuera

guatemalteca!

La Inmortalidad del Rey  
Carlos Alejandro

Durante una mañana, el Monarca de una pequeña y lejana tierra con miles de árboles y cientos de montañas quiso ser inmortal, y le pareció fascinante su idea. De inmediato anheló emprender la búsqueda de su nuevo afán, pero mantenía una queja: no contaba con amigo alguno con quien pudiera salir a su aventura. Los habitantes del reino, sin embargo, estaban a punto del agasajo por lo que ya fraguaban. Lo único que experimentaban hasta ese momento con tal monarca, que el Dios Murduk les había enviado, eran lamentos. No los dejaba dormir por tanta fiesta que organizaba, además de que pagaba muy poco por las esculturas que mandaba hacer, y eso sí mantenía sin restricción en la paga a un grupo grande de congresistas aduladores, fieles a la corte y no al clamor de la aldea.

Siguiendo sus aspiraciones, el Rey ordenó que varios emisarios partiesen hacia otros países anunciando el nuevo e inédito empleo en su corte: el de flamante amigo del soberano. Se informó de competencias, premios y medallitas al valor, y de algunas corruptelas, permitidas únicamente al ganador con el fin de garantizar su lealtad. Los pobladores, entre tanto, tramaban su propio proyecto, con miras muy distintas. Buscaron entre las bestias aduladoras a algún candidato a amigo que pudiese lograr que su majestad se extraviase en la selva. Pero no hallaron a ninguno. Entonces admitieron que el aspirante idóneo debía ser el más infernal de los residentes, encarcelado desde hacía varios años en el Calabozo

Central de la ciudad. Le propusieron un plan de escape a cambio de hacerse a la aventura junto al Rey. Lo llenarían de investiduras compradas a otros gobiernos y lo nombrarían Jefe Primero de un país lejano, pequeño e inexistente.

Al preso le pareció muy conveniente la idea de la libertad y dijo que sí al plan. Pero una vez afuera, traicionó a la villa. Libre, abandonó medallas, condecoraciones y sus vestidos cerca de la cárcel, y se desapareció yéndose: ¡mucho a la chingada! No pasó demasiado tiempo antes de que las mismas gentes perspicaces le cayeran encima. Lo encontraron durante un atardecer en el bosque: sentado junto a una tortuga y a un cangrejo playero. Los tres, desde hacía tiempo, se decían ser inmortales. La tortuga juraba haber ganado una carrera contra el veloz Aquiles de Grecia. El cangrejo sabía que él no tenía nada que demostrar, su fama era milenaria; únicamente se mantuvo callado cuando el pueblo les cayó encima, sosteniendo entre sus manos dos ramitas de las que colgaban malvaviscos que serían calentados junto al fuego, uno para él y el otro para su amigo el Oso, quien andaba cerca buscando leños.

Entre todos, pronto acordaron un nuevo diseño. Ir "en bola" a hablar con el Rey. Pedirle que de plano dejara de oprimir a la ciudad y obligara a sus ministros a robar un poquito menos. El asunto de las responsabilidades y el establecimiento de una Constitución, la dejarían como temas que trataría el actual príncipe cuando fuese coronado. Todos fueron felices, por ahora y esperando que fuera para siempre. Y colorín colorado, este cuento, por lo pronto, se ha acabado.

En interiores...

En contra de la computadora

Iván Thays

Página 2

Dudamel y Beethoven

Roberto Herrscher

Página 3

La Voz del Papa

Mons. José H. Gómez

Página 4